



# EL DAIMIELEÑO

SEMANARIO INDEPENDIENTE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN TODA ESPAÑA

Trimestre, 2 pesetas. . . . . Año, 7 idem.  
**Se publica los Domingos**

La correspondencia particular y de redacción al Director  
AMARGURA, 8.

Director-Propietario

**DON ALVARO PINTADO**

DAIMIEL 9 DE OCTUBRE DE 1898.

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

á precios convencionales.

CENTRO DE SUSCRIPCIONES

Imprenta de Francisco Espadas López.

ADMINISTRACIÓN

MONESCILLO, 15.

NÚM. 10.

## OBRAS SON AMORES

El efecto moral producido por los constantes desaciertos de los gobiernos, y sobre todo por los desastres experimentados en las guerras coloniales, de tal modo ha impresionado el espíritu público, que parecen ya completamente agotadas las energías de la Nación para resistir y sobreponerse á las desventuras que nos cercan.

Suspendiéronse las garantías constitucionales temiendo que á la terminación de la guerra sobrevendrían motines y perturbaciones; y acabadas las hostilidades, el País siguió sufriendo y callando, sin que se haya alterado el orden público, sin asomo de que hayan de venir los disturbios anunciados.

El gobierno sigue en el poder haciendo lo que mejor le parece, sin que le perturben en sus disposiciones, la más insignificante protesta, cuanto menos la algarada, el motín y la rebeldía.

Como si el dolor continuo hubiera embotado por completo la sensibilidad de la Nación, se abrieron las Cortes, y en las circunstancias más críticas que registra nuestra historia, no se oyó una voz que alimentara una esperanza, ni una palabra que trajera soluciones á los multiplicados problemas que ha traído la derrota, ni un pensamiento ni una idea capaz de penetrar como rayo de luz en las negras y pavorosas nubes que cierran nuestros horizontes.

Olvidados nuestros legisladores del supremo deber que sobre ellos pesaba de sentar las bases en que pudiera de nuevo alzarse la prosperidad de la patria, malgastaron el tiempo en discusiones inútiles, que por no traer nada fecundo, nada práctico y saludable para remedio de nuestros males, causaron fatiga y tedio; y si algunos alzaron la voz exigiendo responsabilidades por los pasados yerros, lo hicieron con recriminaciones tan violentas, y en nuestro juicio tan inoportunas, que lograron acelerar la clau-

sura de las Cortes, bien que sin protesta de nadie, convencidos todos de la inutilidad de esos resortes políticos, ó al menos desconfiados de la eficacia de las discusiones parlamentarias.

El gobierno sigue desde entonces, con omnimoda libertad los derroteros que más le placen, sin la molestia que pudiera proporcionarle la oposición de los partidos, sin las inquietudes de la prensa sujeta á censura previa, y sin temor á ninguna clase de disturbios porque el País sigue patentizando que la más glacial indiferencia ha sustituido los fuegos y los apasionamientos de otras veces.

Ha pedido el último plazo y el País se lo ha otorgado; espera los resultados definitivos de las negociaciones que se siguen en París por las Comisiones nombradas al efecto, y todos seguimos esperando ese término que ha de señalar el de nuestras desdichas y el principio de nuestra regeneración y engrandecimiento.

Pero hace mal el gobierno si permanece ocioso en espera de ese plazo: deber suyo es consagrarse, sin dilaciones, á estudiar los medios convenientes para contrarrestar los perjuicios causados por la pérdida de las colonias: fijar, tras maduro exámen, los organismos que deben conservarse y los que deben desaparecer por efecto de esas pérdidas; imitar, en una palabra, el ejemplo del Sr. Ministro de Fomento, dando señales de que se ocupa en la resolución de estas cuestiones y de otras análogas, sin dejar para luego mucho que puede hacerse desde ahora, que serviría para reanimar á los indiferentes, para alentar al País y para demostrar, por último, que se ocupa con actividad en labor fecunda y provechosa.

Estamos cansados de promesas; obras son amores; recuérdelo el gobierno.

**Semblanzas.**  
(EN LA TERCERA PLANA)

## ¡ADELANTE!

¿Débil por qué? La Torre gigantea en que levanta la miseria humana su ingratitude, que reina soberana sin cetro, ni corona, ni preséa, el polvo besará, cuando la idea que Genio y Gloria con Amor hermana, al abismo arrojando pompa vana, corone al hombre que en la lucha creó.

Desdeña libertad al que te oprime, y tú nobleza á la ruindad artera, y tú sacra verdad á toda duda; ¡A luchar! La justicia nos redime, el destino con lauros nos espera, el sol de la victoria nos saluda.

## HOJAS DE ALBUN

Hay niñas atrevidas que llevadas de cándidos antojos, con sus miradas causan las heridas, para curarlas con sus propios ojos.

No te conozco bien y he comprendido al verte tan humilde como á Eva, que el mundo que te admira, no se atreve á tomar por Adán á tu marido.

Arroja el alma su amor,  
como el perfume la flor,  
como el cadáver la mar,  
¡sólo guarda su dolor,  
para poder olvidar!

JOSÉ MARÍA ORTIZ.

Madrid y Septiembre 98.

## CARTA POLÍTICA

Sr. Director de EL DAIMIELEÑO.

La nota del día la ha dado el Sr. Silvela en coloquio con el corresponsal del periódico inglés *The Morning Post*. Ha dicho el jefe conservador al periodista extranjero que no es posible ni el intento del remedio mientras no desaparezca de la política el Sr. Sagasta, causante de todas nuestras desdichas y que con él iremos muy pronto á lo más hondo del abismo; que un hombre muerto como Sagasta no puede sino estorbar la resurrección del País, y, por último, que dicho señor no puede dar un gobierno prudente, honrado y fuerte, como hace falta.

Inútil decir cuántos y cuán vivos son los comentarios. Algunos atribuyen la arrebatada catilinaria á propósitos políticos, pero más parece desahogo, quizás exageradamente injusto, de un espíritu dolorido por tantos desaciertos y desventuras.

Más justo es el Sr. Silvela cuando dice, que los asuntos públicos son condu-

cidos por hombres sin escrúpulos, que ante nada retroceden con tal de estar bien pagados y cuando alude á los que tienen el riñón bien cubierto á expensas de la Nación.

El Sr. Sagasta y tanto ó más que él, los que con él formaban gobierno porque más que él estaban penetrados del desastre, que preparaban, merecen ejemplar castigo por haber llevado al País á una guerra de cuyo término desdichadísimo estaban convencidos, peado mil veces más reprochable, que, si por ignorancia ó pasión se determinasen. Al fin á los ministros de Napoleón III disculpábalos la equivocada ilusión de la victoria y el desconocimiento del poder militar de Alemania; pero á éstos nuestros nada los disculpa y más reprochable que todo ha sido que, después de realizado el desatino tan torpe y negligentemente llevaran las cosas de la guerra cuando se pudo muy bien conseguir, ya que no el triunfo una lucha que hubiera quebrantado mucho á los yanquis y tal vez determinado la estrepitosa caída de McKinley y de un gobierno, como lo prueba el que apesar de la fácil victoria existe en los Estados Unidos un hondo malestar no muy del agrado del Presidente y sus ministros.

Con motivo de la interwiev del jefe conservador se toman las censuras y las averiguaciones de quien es responsable de lo ocurrido y viéndose como este gobierno perdura se vuelven á recordar las expiaciones merecidas con que se castigara á los hombres del imperio que determinaron el desastre de 1871.

Achacan algunos á debilidad y postración del País y otros á irremediable decadencia el hecho notorio de que la Nación no haya imitado á Francia en aquel trance terrible. La explicación es sencilla. Siendo cierto que alguna postración ha de haber producido en el pueblo tan constante y tan estéril luchar, no es suficiente esto, ni la supuesta decadencia á explicar el fenómeno, pues por descaecido que un pueblo esté nunca le faltan fuerzas para la protesta. La razón del caso es que ha perdido la confianza en cuantos se presentan como regeneradores. No fía de los republicanos, á quienes ha contemplado deshaciéndose estérilmente y ahora mismo no ofrecen garantía de estabilidad, ni se presentan con ideales provechosos y prácticos; menos aún fía de los partidos nuevos, formados con hombres muy viejos y gastados y prefiere esperar algo, aunque sea poco, del partido que acaudilló el Sr. Silvela, después de todo más nuevo, que cualquiera de los novísimos, que se ofrecen al País para salvarlo. Creo yo que no deja de tener esto buen sentido; porque, no es-